

El silencio de
Gaudí

JUAN DAVID MORGAN

La construcción de un tren amenaza con destruir la Sagrada Familia. Un grupo extremista prepara un atentado para impedirlo. Un sacerdote jesuita, que viaja desde el Vaticano a Barcelona para supervisar las obras del proyecto más ambicioso de Antonio Gaudí, conocerá a una joven e inquietante arquitecta que lo hará cuestionar sus convicciones. El descubrimiento de las páginas de un diario secreto de Gaudí podrían alterar para siempre los cimientos de la Iglesia católica.

Este trepidante *thriller* de Juan David Morgan nos lleva por los enigmas e historias ocultas de una de las obras arquitectónicas más grandes de todos los tiempos. Con la prosa ágil y elegante que caracteriza a su autor, *El silencio de Gaudí* es una novela que cautivará la imaginación de los lectores, maravillándolos no solo con la belleza de los pasajes menos conocidos sobre la Sagrada Familia, sino también con la fascinante vida secreta de su artífice.

Para Ana Elena, por tanto amor, con tanto amor

Quid me alta silentia cogis rumpere?
[¿Por qué me obligas a romper mi profundo silencio?]

VIRGILIO

La santidad de todo lo creado en el silencio augusto fructi-
fica.

SALVADOR RUEDA

Joseph Ratzinger se levantó del reclinatorio y fue a sentarse detrás del antiguo escritorio en el que solía despachar los asuntos que reclamaban atención inmediata. Las oraciones que rezaba en la intimidad de su aposento las había dedicado esa noche a implorar al Creador que lo iluminara para que la decisión que en breve tendría que tomar fuera la mejor para el futuro de la Iglesia católica, apostólica y romana, que él presidía como Sumo Pontífice y sucesor del apóstol Pedro. Doscientos sesenta y cuatro servidores de Cristo habían alcanzado con anterioridad la dignidad de Sumo Pontífice, linaje que hacía de la Iglesia católica la más sólida de las instituciones en la historia de la humanidad. «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», había dicho el Señor, y, pese a los muchos escándalos, desaciertos y vicisitudes, dos mil años después la roca seguía inamovible.

Aunque por el ventanal entraba todavía la delicada luz que precede a los ocasos estivales, el Papa encendió la pequeña lámpara del escritorio. Mientras abría la carpeta con las recomendaciones de sus más cercanos asesores, aquellos que constituían lo que él denominaba su gabinete personal, esbozó una sonrisa en la que había más conformismo que tribulación. Cuando, después de tres intentos fallidos, en menos de veinticuatro horas voló hacia el cielo la *fumata bianca*, sus pares le habían hecho saber, sutilmente, que tan expedito escogimiento, uno de los más rápidos en la historia de los sucesores de Pedro, obedecía fundamentalmente a sus bien acreditadas dotes ejecutivas, y a que de él se esperaba la urgente tarea de rescatar a la Iglesia universal del marasmo en que se hallaba

sumida como consecuencia de los ataques de sus enemigos y de las acciones reprochables de varios de los preladados encargados de divulgar la fe católica. «El momento histórico no se presta a más», le habían advertido, posteriormente, con mayor claridad, los cardenales más influyentes de la jerarquía del Vaticano. Y, de la noche a la mañana, sin que hubiera tenido siquiera el tiempo necesario para estudiar a fondo todos los entresijos y secretos de la institución que estaba llamado a reorganizar y administrar, se veía obligado a afrontar una decisión capaz de estremecerla hasta los cimientos y provocar hostilidad e inquina entre los enemigos del catolicismo. En su despacho oficial esperaban, aún sin leer, las consideraciones enviadas por el cardenal presidente del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso en torno a las cada día más difíciles relaciones con el islamismo, y los informes del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica y del Archivo Secreto Vaticano, los primeros que había solicitado para emprender la tarea de reestructurar la Iglesia. Todo quedaría en suspenso hasta que él tomara la decisión sobre el documento de Barcelona.

Benedicto XVI sacó de la carpeta los informes enviados por sus asesores inmediatos y resolvió leer primero el de la minoría, rubricado con el sello de los dos cardenales que acumulaban más años de pertenencia al Colegio Cardenalicio. Aunque con ninguno de ellos mantenía una relación de amistad, los había incorporado al grupo íntimo porque los dos habían sido prefectos de la doctrina de la fe, cargo que él mismo había ocupado durante más de veinte años hasta su elección como Papa, y que, como bien sabía, confería una gran influencia sobre el resto de los miembros del Colegio. Ambos eran italianos y, aunque mayores de ochenta años, circunstancia que les había impedido votar en el cónclave, sus mentes revelaban una claridad de juicio impresionante. La recomendación de no hacer público el documento de Barcelona y enviarlo inme-

diatamente al Archivo Secreto Vaticano venía expresada con un razonamiento y una precisión envidiables. «Sus mentes funcionan con una lógica tan parecida a la mía...», pensaba mientras leía las cinco páginas del informe. El Papa pasó luego a la lectura de la recomendación de la mayoría, firmada por tres de los cardenales más jóvenes del Colegio y rubricada también, sin comprometer opinión, por su secretario privado y principal asesor, monseñor Sebastiano Montefiori. Benedicto sonrió para sus adentros al recordar que los más jóvenes de entre los Príncipes de la Iglesia pasaban de las sesenta y cinco primaveras.

A los tres cardenales los había tratado íntimamente en los tiempos en que él ejercía como presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Comisión Teológica Internacional. Ninguno pertenecía a las diversas congregaciones, comisiones y tribunales que conformaban el gobierno de la Santa Sede, pero los tres desempeñaban con gran eficiencia el día a día del trabajo que los cardenales con cargos de mayor jerarquía preferían evitar. Uno provenía de Alemania, su tierra natal, otro de los Estados Unidos y, el más joven, de Latinoamérica. En cuanto a Sebastiano Montefiori, su mano derecha y hombre de confianza, venía desempeñándose desde hacía varios años como su asistente personal y, a pesar de su relativa juventud, en todos sus actos demostraba, además de una inteligencia inusual, madurez de criterio y lealtad absoluta para con su fe y su superior. Por ser italiano, Sebastiano mantenía en el gabinete personal el equilibrio indispensable para evitar celos innecesarios. Era preciso tener siempre presente que los Papas ofician también como primados de Italia y arzobispos de la provincia de Roma y que los últimos, Wojtyła y él, no eran italianos.

El informe de la mayoría era más extenso, más elaborado, más cálido y elocuente, y sus consideraciones y conclusiones contradecían al presentado por los dos ancianos cardenales. Afirmaba que el hallazgo de Barcelona debía

hacerse público en cuanto se elaborara una estrategia para que su divulgación e impacto fueran lo más amplios y contundentes posible y concluía expresando que «quedará a la decisión del Colegio Cardenalicio, si así lo estima procedente Su Santidad, que la revelación del documento se haga bien a través de una Carta Apostólica o de un mensaje del Sumo Pontífice».

El Papa había procurado estar presente en las sesiones en las que su gabinete personal discutía el documento de Barcelona y se había asombrado ante la vehemencia con la que cada uno defendía su punto de vista. En realidad, más que Príncipes de la Iglesia debatiendo sobre una materia de enorme trascendencia para el catolicismo, sus asesores inmediatos parecían abogados defensores y fiscales tratando de convencer a un jurado de conciencia sobre la inocencia o culpabilidad del acusado. Pero el jurado de conciencia era él, el Papa, el Sumo Pontífice, que no solamente tenía dentro de la Iglesia católica la plenitud del Poder Legislativo, Administrativo y Judicial sino que, además, desde el Concilio Vaticano I, estaba revestido del don de la infalibilidad. Y era, precisamente, el hecho de no tener margen para equivocarse lo que más pesaba sobre sus hombros en el momento de tomar una decisión. Porque, si bien la infalibilidad venía dada solamente para cuestiones doctrinales, era sabido que, en la práctica, al Papa se le reconocía discreción absoluta para decidir sobre cualquier tema importante. Benedicto XVI estaba seguro de que ninguno de sus antecesores, ni el bondadoso Juan XXIII ni el incansable Juan Pablo II, se habían enfrentado a decisiones tan difíciles y trascendentales como la que, a poco más de un año de su elección, pondría a prueba la autoridad e infalibilidad del Sumo Pontífice de la Iglesia. Pero el riesgo de infidencia o de divulgación a destiempo era demasiado grande y no podía demorar más su decisión. Aparte de los que habían participado en la investigación y posterior discusión del documento de

Barcelona, ¿quién más sabía de su existencia? ¿Hasta dónde el nieto del amanuense del famoso arquitecto catalán había transmitido a otros la enorme significación y alcance del hallazgo? El mero hecho de que el documento estuviera tan vinculado a Antoni Gaudí, cuya beatificación y posterior canonización estaban siendo formalmente consideradas por la Congregación para la Causa de los Santos, dificultaba aún más su decisión, que a fin de cuentas podía determinar que por primera vez figurara un arquitecto en el santoral. El Papa sintió que debía informarse más sobre el asunto y, tras observar que el reloj de su aposento marcaba apenas las nueve, resolvió llamar a su secretario privado. Con gesto decidido levantó el auricular y marcó el número doscientos veintidós, uno de los pocos que ya se había aprendido de memoria. Después del primer timbrado, la voz de Sebastiano Montefiori respondió expectante:

–¿Desea algo, Su Santidad?

–¿Puedes venir a mi dormitorio un momento? –ordenó, más que preguntó, el Papa.

–Dentro de dos minutos estaré allí.

El aposento habilitado especialmente para el hombre de confianza distaba apenas veinte metros del que los Sumos Pontífices ocupaban desde hacía más de tres siglos, y antes de los dos minutos prometidos monseñor Montefiori llamaba discretamente a la puerta.

–Pasa, pasa –exclamó impaciente el Papa.

Sebastiano entró en la habitación, se arrodilló y besó el anillo pontifical antes de que el Sumo Pontífice pudiese retirar la mano.

–Ven, siéntate aquí, frente al escritorio. Tenemos que hablar.

El secretario privado se colocó al lado de la silla que le ofrecía Su Santidad y esperó a que este se sentara para hacer lo mismo.

–La razón de esta llamada a deshora es que, como tú sabes mejor que nadie, la decisión sobre el documento de Barcelona no puede esperar más –dijo Benedicto XVI, mientras, con un gesto característico en él, se quitaba las gafas para limpiarlas–. Tengo muy claros los argumentos, razones y conclusiones de ambos informes, pero siento que me falta repasar contigo cada detalle, cada acontecimiento en torno al hallazgo del manuscrito. Y cuando digo todo, digo absolutamente todo lo ocurrido. ¿Crees que podemos hacerlo ahora?

Montefiori se acomodó en la silla, miró hacia la ventana mientras ponía en orden sus ideas y, una vez más, comenzó a recordar las circunstancias del descubrimiento.

1

El padre Manuel Otaño se apeó del taxi en la esquina de las calles Marina y Mallorca. Como ya era costumbre en él, a medida que se aproximaba al lugar donde se alzaba el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia había procurado no mirar para, una vez fuera del vehículo, sentir en toda su plenitud el impacto de la imponente obra.

De todas las funciones a él encomendadas, aquel viaje anual a Barcelona para observar el progreso de la construcción y realizar un informe para sus superiores compensaba con creces el tedio del trabajo rutinario e intrascendente que día a día realizaba dentro de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia. Durante los últimos cinco años había aprendido a valorar el genio inconmensurable de Antoni Gaudí y en cada una de sus visitas encontraba tiempo para seguir conociendo a fondo otras obras del más famoso de los arquitectos españoles. En aquella ocasión, terminada la inspección, se había propuesto visitar por segunda vez la Pedrera y continuar maravillándose ante la increíble simbiosis que el arquitecto catalán había logrado entre las formas arquitectónicas y la naturaleza.

El menor de cuatro vástagos, Manuel Otaño, había visto la luz en el seno de una familia obrera de Vitoria. Desde que tenía uso de razón su pasión había sido el fútbol, y sus padres tuvieron que aceptar pronto que el benjamín de la familia nunca seguiría una carrera profesional que dependiera de los estudios y que su mejor oportunidad para ga-

narse la vida honradamente estaba en aquel deporte que con tanta habilidad jugaba. A los dieciocho años, justo cuando comenzaban a llegarle ofertas de equipos profesionales, le sobrevino el accidente que de la noche a la mañana cambiaría el rumbo de su vida. Sucedió un día que llovía a cántaros, a la altura de Llodio. Regresaba Manuel de Bilbao en el coche de su mejor amigo tras jugar un partido cuando el conductor de un camión cargado de cemento perdió el control, saltó la mediana y colisionó con ellos de frente. El amigo falleció en el acto y a Manuel lo trasladaron moribundo al hospital de Cruces, donde los médicos, tras grandes esfuerzos, lograron salvarle la vida, aunque no pudieron evitar que las múltiples fracturas sufridas en la pierna izquierda terminaran prematuramente con su carrera futbolística. Tres meses después, cojeando ligeramente, el joven Otaño salía del hospital. A pesar de que nunca más jugaría al fútbol, una plácida sonrisa iluminaba su rostro. Y es que algunas inexplicables experiencias vividas a raíz del accidente habían despertado en él una nueva fe en el Creador. Durante las últimas semanas de su convalecencia asistía a misa y a diario comulgaba, apoyado en unas muletas, para después sentarse con el capellán del hospital a profundizar en sus vivencias místicas. Mientras este, preocupado por la súbita y exagerada religiosidad del muchacho, le aseguraba que muchas personas rescatadas de las garras de la muerte habían tenido igual sensación de entrar en un túnel en cuyo final se percibía una luz resplandeciente, Manuel insistía en que lo de él no habían sido meras sensaciones, que había vivido realmente esa experiencia y que, al entrar en la luz, su tío Martín, fallecido hacía dos años, le había indicado por señas que debía regresar porque su hora aún no había sonado. «También esa visión es común», insistió el capellán Enrique Otazua, jesuita que posteriormente ayudaría al muchacho durante su estancia en el seminario. «Llámela como quiera, padre: visión, sensación. Creo que el Señor me

ha enviado un mensaje, me ha señalado un camino que debo seguir». Quien más se alegró del cambio tan radical sufrido por Manuel fue, por supuesto, su madre, que prefería mil veces más un hijo cura que uno futbolista.

Ya en el seminario, Manuel demostró que sus malas calificaciones escolares se debían más a un auténtico desinterés por las materias que a falta de inteligencia. Al concluir sus estudios sacerdotales se le tenía por uno de los más destacados nuevos jesuitas y sus superiores observaban con gran interés su trabajo. Dos años más tarde, en Tudela, donde daba clases de filosofía a los alumnos de cuarto del colegio San Francisco Javier, recibió una llamada del padre provincial, quien, sin más preámbulo, le comunicó que de la Santa Sede solicitaban los servicios de un joven jesuita, inteligente y trabajador, y que él era el elegido. Sabedor del poco amor que existía entre el Papa polaco y la Compañía de Jesús, Manuel recordó su voto de obediencia y se mordió la lengua para no preguntar qué futuro podría aguardarle en esos tiempos, en el Vaticano, a un soldado de san Ignacio de Loyola. Algunos años después se enteraría de que su elección había obedecido al interés del propósito general de la Compañía en causar una buena impresión en Roma y limar de ese modo algunas asperezas con Juan Pablo II. Pero para Manuel, inquieto por naturaleza, el resultado fueron interminables años de trabajo administrativo, tedioso y rutinario, en el que su único consuelo era el viaje anual a Barcelona para observar e informar acerca del progreso de la asombrosa catedral concebida por el genio de Gaudí, obra que a finales de 2005 llevaba ya más de ciento veintitrés años construyéndose. El padre Otaño esperaba que la llegada del Papa alemán no pusiera fin a su encuentro anual con la magna obra del arquitecto de Cataluña.

Desde la acera opuesta, el jesuita volvió a maravillarse de la armonía con que confluían la naturaleza y los símbolos del catolicismo en la majestuosa fachada de la Nativi-

dad. Su orientación hacia Levante, concebida por Gaudí para exaltar el significado del nacimiento de Cristo, contrastaba con la fachada de la Pasión, que ubicó hacia Poniente, donde día tras día agonizaba el sol.

Manuel cruzó la calle Marina, mostró su credencial al hombre de la taquilla y se encaminó directamente a las oficinas del Patronato de la Sagrada Familia, encargado de la construcción del templo. Aunque cojeaba un poco, a sus cuarenta y seis años conservaba todavía la esbeltez y el garbo del deportista que una vez fue. Era alto, de facciones marcadamente varoniles, con ojos y cabello muy negros, salvo por las primeras canas que comenzaban a platear sus sienes y que tan elegantemente contrastaban con la ropa oscura que siempre vestía. El accidente le había dejado una fina cicatriz en la mejilla izquierda que le daba un aspecto de ferocidad poco acorde con su oficio. Más de una mujer se había llevado una decepción al comprobar, a la segunda o tercera mirada, que aquel hombre tan atractivo había hecho voto de castidad.

Como le ocurría siempre a medida que se internaba en las entrañas del templo, Manuel se sentía empequeñecer ante la inmensidad de la obra y trataba de imaginar lo que sintió Gaudí cuando pasó los últimos doce años de su vida terrenal encerrado en aquellas profundidades. En un rincón apartado de su catedral soñada, el arquitecto de Dios trabajaba, comía y pasaba sus noches de sueños y desvelos. Y también allí, bajo la masa de piedra transformada en iglesia, dormía ahora el sueño eterno.

En la oficina del Patronato el padre Otaño fue recibido efusivamente por Azucena, una andaluza dicharachera que en menos de un minuto le hubo informado que aquel año llegaba a ver las obras con dos semanas de retraso y que el presidente no estaba porque de un tiempo a esa parte siempre se encontraba reunido, «hoy en las oficinas del Ayuntamiento, mañana en las del Consorcio Alta Velocidad, pasado en las de la Generalitat; ya sabe usted los

líos que se han armado con el AVE y con los derechos de autor sobre los planos del templo, como si construir esta enormidad no fuera suficiente problema». También le informó que la Junta Constructora contaba con una nueva directora ejecutiva, encargada directamente del día a día de los trabajos, la arquitecta Carmen Balcázar, «por fin alguien fijo, no como los demás arquitectos que aparecen por aquí casi por cumplir y mantener su nombre en la placa. Si alguien puede terminar lo que el maestro comenzó a construir hace más de un siglo, esa es ella, que además de joven y guapa ha resultado eficientísima».

–... si quiere se la presento –terminó la secretaria, ya casi sin aliento.

–¡Pero claro! –respondió el cura, con igual entusiasmo –. Llévame a conocer a esa maravilla.

La mujer que emergió detrás de tres mesas de trabajo desbordantes de planos, bocetos, dibujos, lápices de colores, gomas, compases, cartabones, reglas y otros materiales irreconocibles era muy hermosa. De más o menos treinta y cinco años, unos pocos centímetros más baja que el jesuita, espigada, de ondulada melena azabache y ojos de un verde indefinible que miraban con desenvoltura. Vestía con sencillez, pero también con coquetería, algo que se advertía en sus zapatos, caros y de tacón. Sostenía un carboncillo en la mano izquierda, que dejó sobre la mesa al tiempo que amablemente tendía la otra al visitante. Llevaba las uñas cortas y muy cuidadas, aunque sin pintar.

–¡Hola! –exclamó–. Soy Carmen Balcázar.

–Y este, el padre Otaño, enviado por la Santa Sede a vigilar nuestra catedral –se entrometió la secretaria antes de que el clérigo pudiera decir palabra.

–Mucho gusto –se apresuró a comentar estrechando con energía la mano del cura. En su rostro había aparecido brevemente un gesto de extrañeza que no le pasó desapercibido a Manuel.